



Lawrence J. Vale and Thomas J. Campanella (editors). *The resilient city. How modern cities recover from disaster*

New York: Oxford University Press, 2005, 392 p.

David Carvajal Hausdorf¹

Las ciudades han sido saqueadas, inundadas, destruidas, abandonadas, privadas de alimento e incluso envenenadas, pero salvo por casos muy puntuales se levantan una y otra vez. Entonces, ¿cómo el artefacto más durable creado por el hombre se recupera del desastre, en lo específico desde la modernidad?, sobre todo ante el avance de la industria bélica y de las tecnologías en la construcción. ¿Qué papel tiene el Estado-Nación en esto?, ¿cuál ha sido el rol de la industrialización?, ¿qué papel cumplen los organismos internacionales? o ¿por qué las ciudades se reconstruyen?, son los cuestionamientos estructurantes del libro y a través de los cuales se responde la primera pregunta.

Ante aquello, en la introducción los autores definen el desastre urbano, entablando una serie de diferenciaciones que involucran la escala de la destrucción, términos humanos (vidas, heridos o afectados), las causas de la destrucción (naturales, humanas, conjuntas o planes de intervención de modernización en un ciudad), o la pérdida su actividades económicas, por ejemplo, al mermar las ventajas comparativas en la producción.

Sin embargo, aunque la destrucción física sea muy reducida en la escala de la ciudad, sus embates simbólicos y psicológicos pueden atravesar incluso las fronteras de los países. Como ejemplo de ello se debe recordar el impacto producido por los atentados

del 11 de septiembre de 2001 en Nueva York y el profundo daño psicológico causado tanto a los habitantes de esta ciudad como a los del país y el mundo, ante el simbolismo que poseían tales torres para el sistema neoliberal.

Así, la problemática se vuelve más compleja, haciendo ineludible considerar las diferencias y similitudes en las reconstrucciones urbanas de distintas causas de origen, lo que lleva a tomar en cuenta la evaluación de la recuperación, surgiendo distintas perspectivas, por ejemplo, de la economía en términos de producción, de la ingeniería en torno a temas de transporte, desde la psicología en lo referido a lo emocional, o también desde la ciencia política en lo que alude al actuar de las instituciones de un Estado. Frente a ello, aparece la importancia de las comunidades y los juicios de valor en temas como elegir qué se reconstruye. En este sentido, las interrogantes acerca de qué se recordará y/o qué se borrará, implican memoria y remembranza, que luego del desastre comienzan de inmediato.

La resiliencia es un proceso continuo, por tanto plantear su término es un error, siempre habrá partes de la ciudad que no se recuperarán del todo, al igual que personas y familias que por generaciones quedarán marcadas física o psicológicamente. Tal vez, no se logra superar el desastre pero sí atravesarlo. Eso ya es resiliencia.

De esta manera, el texto a lo largo de sus capítulos analiza distintas reconstrucciones de desastres urbanos a lo largo del mundo, dando como resultado catorce episodios que

¹ Licenciado en Historia, Instituto de Historia, Pontificia Universidad Católica de Chile (Chile). E-mail: dicarvaj@uc.cl

estructuran la obra en tres partes: las narrativas de la resiliencia, las dimensiones simbólicas del desastre y la recuperación, y las políticas de reconstrucción.

El primer tema, que engloba los tres capítulos iniciales, analiza la forma en que las sociedades montan narrativas para explicar e inspirar los procesos de reconstrucción, los que representan voces colectivas que agregan matices explicativos relacionados con elementos edificantes, propios de la espiritualidad o la fe. De allí surge el ver la destrucción como un renacimiento, que borra elementos indeseables e integra otros para cimentar un futuro mucho más prometedor o cercano al progreso. Esto queda de manifiesto en el capítulo uno, donde se afirma el rasgo cultural en la construcción, pues no se puede construir lo que no se puede imaginar. Esto último ha sido un elemento determinante en la cultura estadounidense para concebir los desastres urbanos como una oportunidad de progreso, siendo una herramienta principal la imaginación narrativa ligada a las ideas dominantes.

Así el incendio de Chicago en 1871 y el terremoto en San Francisco de 1906, alzan los ideales de una cultura burguesa liberal e industrial, que puja por menores regulaciones del Estado pero que también se encarga de generar las diferenciaciones necesarias con el resto de la masa, entablando su ambivalencia entre la libertad económica y el temor a la pérdida de poder, lo que la hace reticente a la democratización política. Se crea así la jerarquización social de un sistema capitalista, que crea su ciudad ostentosa, perfecta y despreocupada de las cuestiones sociales; lo que no obvia los mecanismos de defensa psicológicos que refuerzan esta idea de “pasó para mejor”.

El capítulo dos narra los sucesos de los atentados terroristas de Oklahoma en 1995, donde se muestra cómo la narrativa y la memorialización han buscado llevar a la recuperación a través de los actos de introspección, de revitalización de los lazos comunitarios y de compromiso con los valores humanitarios; es decir, sacar lo constructivo del desastre y desde ahí plantear la posibilidad de recuperación de vida en la ciudad. Lo que contrasta con el atentado del

11 de septiembre en Nueva York, que da cuenta de cómo la mayor diversidad social, la falta de un sentido comunitario, el potente rol simbólico de la Torres Gemelas para el progreso del país y los impedimentos físicos de la ciudad, evitan y dificultan que suceda lo mismo que en Oklahoma.

El tercer capítulo trata las narrativas que han surgido ante los desastres urbanos que han acontecido en Nueva York en los últimos dos siglos, que van desde la guerra de la Independencia y los enfrentamientos de pandillas durante la guerra de Secesión hasta llegar al atentado terrorista del 11 de septiembre. Todos estos han venido acompañados de una constante histórica sobre las visiones calamitosas del futuro urbano en los periódicos, la literatura y películas de ciencia ficción. El desastre se muestra cercano, dando cuenta de los temores de la sociedad, pero también de las visiones de progreso a través de la idea de la “destrucción creativa”.

Esto devela lo primordial de las narraciones para imaginar las rutas o formas de resiliencia para el futuro y su simbolismo en lo relativo específicamente a la reconstrucción del *World Trade Center*, donde se plantean cuestiones tan fundamentales como su diseño, los elementos a preservar e integrar y el establecimiento de nuevas marcas de supe-ración y magnificencia en su estructura.

La segunda parte del libro explica cómo el desastre urbano y su recuperación es señalada y manejada por una serie de potentes acciones simbólicas. Por ejemplo, en el caso de que el desastre sea guiado por la mano del hombre, los ataques se orientan en puntos de fuerte impacto cultural. De la misma forma, los líderes al iniciar la reconstrucción han de poner énfasis primordial en demostrarle a su población que habrá recuperación y serán más fuertes que antes.

El cuarto capítulo analiza la reconstrucción de los edificios emblemáticos para la naciente república de los Estados Unidos tras la invasión británica de 1814, cuyos objetivos fueron detenidamente elegidos e involucraban al Capitolio, el Departamento de Estado y Guerra y el edificio del Tesoro. Sin embargo, las posteriores victorias frente al

invasor y el conceso de los líderes de los estados, desecharon la idea de mover la ciudad capital del país. El liderazgo presidencial y las enormes sumas de dinero invertidas terminaron por dar unidad nacional para volver a levantar los edificios, el orgullo y el espíritu del país.

En tanto, los capítulos cinco y seis narran la reconstrucción de Berlín y Varsovia tras finalizar la Segunda Guerra Mundial. De inmediato subyacen similitudes y diferencias en los desafíos y situaciones, por ejemplo, la necesidad de iniciar un rápido levantamiento material, económico, político, social y cultural (reencuentro con el estado previo a la guerra), ante una masiva destrucción urbana y la presencia de invasores en los territorios. De esta forma, Alemania fue dividida territorialmente por dos proyectos político-ideológicos en confrontación, que reconstruyeron las respectivas partes de Berlín bajo simbolismos narrativos y físicos (arquitecturas) diferentes. Sin embargo, gran parte del patrimonio físico de la ciudad se mantuvo intacto, y a partir de la reunificación en la década de los noventa, se inicia una época de búsqueda de lo vernáculo, con tal de fortalecer los lazos de unión nacional, levantando el debate entre la preservación o recreación del pasado. Bajo una destrucción aún mayor que en sus últimos momentos de ocupación nazi, se enfocó en hacer desaparecer todo vestigio de cultura polaca, pavimentó el camino para que la ocupación soviética y su campaña arquitectónica neoclásica llenaran el espacio dejado por la ausencia visible de patrimonio, potenciando simbólicamente el dominio de Moscú, que se complementó –al igual que en Alemania– por la búsqueda de emular lo perdido, ayudando a la reconstrucción de independencia cultural y política nacional.

De similar forma, el séptimo capítulo demuestra, a través del caso de la reconstrucción de Guernica, cómo la resiliencia urbana puede tardar décadas en avanzar, no solo por el aspecto físico, sino también por el llamado al olvido por parte del franquismo que privó de cualquier expresión cultural y memorialización al pueblo vasco. Luego de sesenta años en su recuperación ha influido la mayor libertad de expresión, como también el reconocimiento y disculpas del perpetrador

foráneo sobre la comunidad de Guernica. Así y todo puede que los trechos que faltan por recorrer permitan comprender el violento fundamentalismo con que colectividades vascas resisten al avance del Estado-Nación español.

En el último tramo de la segunda parte, la atención se centra en la importancia de la ciudad de Jerusalén para el monoteísmo judío, cristiano y musulmán, lo que obliga a dar cuenta sobre la continuidad que posee esta urbe en los últimos cuatro mil años en su resignificación física y simbólica a manos de sus momentáneos dueños. Este hecho en la actualidad presenta –no sin tensiones– como estas tres formas de resiliencia se generan en el espacio: el judaísmo que refuerza la práctica social frente el templo desaparecido, el cristianismo que ha ido generando un *collage* continuo de formas y significados a lo largo de los siglos, y una fortaleza musulmana en la mantención intacta de las estructuras físicas y simbólicas.

La tercera parte de la obra analiza las políticas de reconstrucción, en cuanto a su íntima relación con el poder, donde la institucionalidad pública, el sector privado y la ciudadanía influyen, generando oportunidades para redefinir tales relaciones. Cuestión ligada a las razones que impulsarán el qué y cómo se reconstruirá.

El noveno capítulo analiza el caso de la ciudad de Tokio en torno a las continuidades de políticas de reconstrucción, donde a pesar de potentes desastres (incendios, terremotos, bombardeos o impulsos modernizadores) las inercias tradicionales de la ciudad han tendido a primar, inclusive en conciencia del peligro de no asumir intervenciones necesarias; salvo en casos donde el Estado, el sector privado y la ciudadanía han llegado a un consenso por un cambio.

Los capítulos diez y once, referidos al terremoto de Tangshan en China en 1976 y al de Ciudad de México en 1985, develan cómo situaciones críticas y el proceso de reconstrucción se ligan directamente al poder político. El primer desastre, que dejó una ciudad reducida a escombros, en parte debido a una ausencia intencionada de estudios técnicos y urbanísticos en la era de Mao,

ocurrió en medio de una transición política que más tarde permitió la apertura política y económica de China hacia el exterior, siendo una útil herramienta para crear un movimiento nacional que asentó el cambio político y la visión de progreso del país, donde el urbanismo, los técnicos y la asistencia internacional pudieron hacerse parte. En cambio, en México, fue la ciudadanía que a través del desastre pudo arrebatarle el monopolio político al Partido Revolucionario Institucional, el cual más allá de responder a lo perentorio de las necesidades sociales, optó por continuar dándole mayor interés a la deuda externa. A causa de sucesos como el uso de la ayuda económica internacional para pagar la deuda o el aumento de represión a la población, aumentó la tensión entre la sociedad y el Estado. De allí que un movimiento social generalizado lograra doblegarle la mano al partido político de Estado, exigiendo mayor inversión social y una transición política hacia la democratización del país.

El siguiente caso remite a la reconstrucción del área que involucra la plaza central de Beirut tras la guerra civil del Líbano (1975-1990), siendo este un espacio primigenio de la ciudad que desde tiempos ancestrales ha integrado múltiples elementos físicos y simbólicos. De allí que el análisis centra su atención en el diseño urbano encargado por el Estado a privados, donde subyacen tensiones con quienes claman por la democratización del espacio ante formas físicas de exclusión, como también mitos e imágenes de una sociedad centrada en el consumo y otra de constante renovación (su resiliencia) que proyectan el futuro de la ciudad.

A pesar de todo, siempre es difícil medir la resiliencia, pero ayuda a la recuperación el reconocimiento de las causas o el perpetrador. Pero ¿qué pasa cuando las causas están en grupos de una misma sociedad?. Este tema se desarrolla en el capítulo trece al dar cuenta sobre las políticas de resiliencia social y urbana tras las protestas de principios de 1990 en Los Ángeles, Estados Unidos, lo que catalizó debatir acerca de temas como la segregación urbana, marginalización y las diferencias socioeconómicas ligadas a tópicos raciales.

De allí que la resiliencia no solo implica reconstrucción física, sino también invertir en el desarrollo de capital humano, en fortalecer lazos comunitarios y la cooperación entre cercanos.

A su vez, en un contexto global donde las sociedades sostienen sus actividades sociales, económicas y políticas a través de sistemas inalámbricos, las tecnologías en torno a la información y comunicación se transforman en puntos vitales, que al verse medradas pueden llegar a paralizar una ciudad, acarreándose enormes pérdidas económicas que incluso pueden extenderse hacia otros centros urbanos; por cuanto crear sistemas flexibles de protección que eviten el esparcimiento de tales amenazas debe volverse un tópico sobre el cual las políticas urbanas han de intervenir.

Al finalizar, los autores realizan un breve recuento sobre el estado de la teorización de los desastres urbanos y su reconstrucción. Así, temas como las respuestas de emergencia, la restauración o la memorialización, que se pensaban en etapas diferenciadas y sucesivas, al parecer son mucho más sincrónicas, las que pueden comenzar en el momento posterior al desastre, dando cuenta de la complejidad de la resiliencia urbana por el hecho de involucrar diferentes dimensiones. En función de ello, ciertos puntos resaltan como el área de influencia del desastre urbano, los que pueden sobrepasar su influencia local, llegando a abarcar una nación entera o incluso a la totalidad del planeta. Junto a ello, destacan las posibilidades que genera para realizar cambios estructurales en lo político, económico y social.

A pesar de aquella bastedad, el texto realiza un trabajo completo que si bien se platea grandes preguntas, también da cuenta de sus propios límites, y es a partir de estos límites donde los autores ofrecen señales para guiar la comprensión del cómo la ciudad moderna se recupera del desastre, lo que permite al lector ahondar en las diversas dimensiones que envuelven a la resiliencia urbana, haciendo de esta obra una lectura obligatoria para quien estudie, planifique o ejecute la recuperación de desastres urbanos.